

Nefasto Insomnio

Alemao Aguilar



Image not found.

Capítulo 1

Nefasto Insomnio

Son las 9:30 de la mañana. He llegado a casa hace 40 minutos después de una noche larga de trabajo; este mes me ha tocado trabajar de madrugada, y si bien aún me queda una semana más en este turno, la verdad que hace varios días tiré la toalla y quiero que acabe ya.

Es una rutina que me aturde; antes de llegar a casa compro el pan y mientras hiervo el agua para el café voy cambiándome de ropa lentamente, me gana aún la tristeza que llevo auestas hace ya casi 3 meses. Me pesa quitarme los zapatos, me desajusto la correa del jean, luego me siento a la cama y me lo saco mientras veo fijamente la pared blanca de mi habitación, como quien está totalmente resignado, como quien no acepta la realidad que le toca vivir.

Descalzo, vestido solo con un bóxer negro me dirijo a mi ropero para buscar mi ropa de dormir; un pantalón de algodón y un polo muy delgado. Me siento frente a la computadora para ver algo, lo que sea; una serie, un documental, una película, un programa pasado, lo que sea me viene bien.

El ruido de la tetera que indica que el agua ya hirvió me levanta de ese letargo. Saco de la alacena un plato para poner el pan con algo de queso. Pongo un poco de café y azúcar a mi taza y vierto el agua caliente. Que pesado se me torna todo.

Mientras veo un documental de la cultura fenicia voy tomando lentamente el desayuno, es prácticamente comer por obligación. El cansancio me va venciendo, mis ojos me arden, la madrugada de trabajo ya me va pasando factura, siento el llamado de mi cama, las 3 almohadas sobre ella me seducen, pidiendo que ya repose mi cabeza sobre ellas.

Me levanto de esa silla que meses antes me resultaba la más cómoda y suave del mundo, pero hoy no es más que 3 ladrillos apilados. Me dirijo al baño y mientras voy cepillándome los dientes me miro al espejo, mis ojos están más tristes que cansados, ni yo mismo aguanto mi propia mirada.

Cierro la ventana, dejo caer las cortinas para que los rayos de este sol tibio aun de noviembre no entren a mi habitación. Apago la computadora y me siento nuevamente al borde de mi cama, miro el piso y otra vez este suspiro tembloroso. Es la voz que proviene de aquel vacío que hay en el corazón.

Me escondo entre mis sabanas, están frías. Poso mi cabeza en mis almohadas que minutos antes me seducían con su blancura y suavidad. Trato de relajarme. Aun con los ojos cerrados tratando de buscar sueño

puedo ver algo de claridad. Tomo una tela negra de algodón para ponérmela sobre los ojos, necesito buscar la total oscuridad para poder alcanzar este esquivo sueño.

“¿A dónde te fuiste cansancio que me abrazaste toda la madrugada en el trabajo? ¿A dónde estás sueño que me perseguiste esas 8 horas? ¿Por qué se fueron? ”

No me sirve de nada la tela negra que me puse sobre los ojos, a pesar de que solo veo oscuridad, mi cerebro no se calma, es como si a propósito al echarme a la cama aumentara su producción de ideas y pensamientos cada uno más tormentoso que el anterior.

“¿De cuándo acá te volviste maratonista cerebro? ¿Por qué corres y corres? Dame paz.”

Giro mi cabeza, de izquierda a derecha. Reniego y mando al diablo todo esto. Clamo por un poquito de tranquilidad. Mi cerebro se ha convertido en una bestia indomable que genera pensamientos que me aturden y abaten cada maldito segundo.

En cada pensamiento estas tú. Esta el recuerdo de cómo nos conocimos, están esos besos que nos dimos, están esas miradas, están las tantas preguntas que quedaron pendientes y que muero por hacértelas, están esas conversaciones imaginarias contigo que se desarrollan ahora, está la maldita curiosidad por saber que vas a hacer esta noche de sábado y si hay alguien más que ya está ganando tu corazón, está ese viaje que planeamos, están aquellos sueños, está el dolor que me produjo tu partida, está el pánico de saber que ya no volverás, están las cosas que pudimos y no debimos hacer, están las tantas lagrimas que cayeron, está la rabia de verme estancado aquí, está el malestar de que ya aceptaste que todo esto es parte del pasado mientras que esto aún me consume, está tu dureza y tu soberbia al hablarme, está tu rechazo que hinca mi corazón, están esas ganas de olvidarte y de odiarte. No puedo. Estas tú.

Estoy boca arriba, como desmayado, y mientras una lágrima de impotencia baja por mi mejilla izquierda, los pensamientos no paran. No puedo más. Siento que estoy al borde de la locura.

Poco a poco entro en un estado de adormecimiento, como si estuviera anestesiado, estoy cansado por todos estos pensamientos que bombardean mi cabeza y agrandan la grieta que tengo en el pecho. Estoy agotado. Creo que por fin logro dormir.